

# Regreso al futuro: Cuba entre los afronorteamericanos

**Lisa Brock**

*Profesora. Escuela del Instituto de Arte de Chicago.*

Cuba ha ocupado la imaginación de los estadounidenses al menos desde la época en que se produjo la revolución de independencia en ese país. Su proximidad, sus esclavos negros y su clima cálido, pero diverso, invitaban a la penetración económica en el siglo XIX. Para 1900, el capital deseaba que en Cuba hubiera una «clase obrera dócil, un campesinado pasivo, una burguesía obediente y una élite política sumisa».<sup>1</sup> Como cabe suponer, el legado africano en Cuba creaba ideas opuestas entre los negros que vivían al norte. Los rebeldes cautivos de la Isla, su lucha anticolonial y su resistencia a la hegemonía estadounidense atraían la solidaridad. Como Haití, Etiopía y Sudáfrica, Cuba ocupó un lugar especial en los corazones y las mentes de los afronorteamericanos.

De modo muy significativo, ese lugar especial surgió de un contacto que demostró ser de duración mayor que los vínculos afronorteamericanos con otros grupos de la diáspora. Mucho antes de 1959, cubanos y afronorteamericanos habían forjado relaciones de trabajo: los abolicionistas crearon organizaciones conjuntas, izquierdistas y sindicalistas intercambiaron estrategias, novelistas y poetas despertaron sensibilidades mutuas. En el nivel de masas, músicos y peloteros compartían los mismos circuitos culturales y entretenían a millones de negros comunes y corrientes, en Cuba y los Estados Unidos.

Cuando en 1959 tomó el poder la Revolución cubana, la mayoría de los negros aplaudió sus logros. A partir de entonces, estas relaciones han sufrido una ruptura como resultado del bloqueo estadounidense, los alineamientos sociales distintos, pero de connotaciones no menos raciales en la era posterior a la lucha en pro de los derechos civiles, y las tirantezas de las relaciones con los cubanoamericanos. Así, mientras los cubanos de la Isla continúan viendo a los afronorteamericanos a través de la corriente de información más amplia, pero de todos modos limitada, de los noticieros y las fuentes familiares,<sup>2</sup> los afronorteamericanos nacidos después del decenio de 1960 han pasado a imaginar a Cuba, si acaso lo hacen, a través del lente empañado de un sistema de dominio racial e ideológicamente más complejo. A fin de brindar posibilidades de reflexión sobre el futuro, este ensayo, basado en una investigación preliminar, proyecta ese presente sobre aspectos del pasado, sobre todo del siglo XIX.

## Ideología, raza y discurso actual

Aunque ha habido estudios sustanciales sobre el dominio que los Estados Unidos ejercieron sobre Cuba, los intentos de examinar los vínculos históricos entre los

afronorteamericanos y Cuba han sido mínimos. No existe mucho, aparte de los varios volúmenes de Willard Gatewood, el corto artículo escrito por Johnetta Cole en 1977 sobre la solidaridad afronorteamericana con Cuba y la colección de testimonios sobre Fidel y Malcolm X publicada por Rosemary Mealy en 1992.<sup>3</sup>

De hecho, dados los sentimientos que hoy profesan los afronorteamericanos hacia la comunidad cubanoamericana, es difícil creer que en algún momento hubiera habido algún sentimiento más estrecho. Los afronorteamericanos de menos de cuarenta años, igual que sus coetáneos blancos, han conocido a los cubanos a través de las opiniones y actividades de los emigrados cubanos en Miami, los que, reaccionando ante la Revolución, han recibido la influencia política de los sucesivos gobiernos estadounidenses y de los medios nacionales de difusión. A diferencia de las anteriores poblaciones cubanoamericanas, los cubanos de la Florida son, en su gran mayoría, blancos y con un peso todavía significativo de la élite prerrevolucionaria de Cuba. Han participado en la violencia policial y en las políticas abiertamente racistas y alcanzado un poder desproporcionado en la Florida.<sup>4</sup> Asesinatos policiales incitaron a los negros de Miami a amotinarse en la sección conocida como Liberty City. La diferencia de tratamiento que recibían los emigrados haitianos y cubanos, ha sido causa de continuas manifestaciones. Cuando no se les devolvía a su lugar de origen, a los haitianos se les mantenía durante meses en campos de detención, mientras los cubanos solían recibir, hasta hace muy poco, asilo político en veinticuatro horas.<sup>5</sup>

Las tensiones alcanzaron su punto culminante cuando el alcalde de Miami, Xavier Suárez, un cubanoamericano, fue el único funcionario estadounidense que se negó a recibir al presidente del Congreso Nacional Africano, Nelson Mandela —cuya organización mantenía conocidos lazos con Cuba—, cuando visitó esa ciudad.<sup>6</sup> Mandela había sido invitado a la Convención Nacional de la Federación Estadounidense de Empleados Estadales y Municipales, un sindicato de larga actividad en la lucha contra el apartheid. La posición del alcalde Suárez molestó hasta tal punto a los sindicalistas y residentes negros de Miami, que estos instaron a que la convención boicoteara a Miami. El boicot se mantuvo durante tres años, y solo se levantó cuando los políticos de la ciudad negociaron un trato con dirigentes negros prominentes que concedía mayor poder a los negros.<sup>7</sup> Además, mediante sus vínculos con la Heritage Foundation, la Fundación Nacional Cubano Americana —organización de carácter derechista— se hizo famosa por su apoyo a las guerras contrarrevolucionarias en África austral.<sup>8</sup>

Muchos afronorteamericanos solo han conocido a Cuba a través de esas experiencias, y estas les han hecho suponer que todos los cubanos son fascistas y racistas. La publicación en 1989 de *Castro, the Blacks and Africa*, de Carlos Moore, añadió leña al fuego al calificar a Fidel Castro y a la Revolución cubana de conscientemente racistas.<sup>9</sup> Algunos afronorteamericanos prominentes, como Maya Angelou y St. Clair Drake, apoyaron el libro, lo que contribuyó a elevar el número de sus lectores en la

comunidad negra. Aun cuando se trataba de una obra pobre desde el punto de vista conceptual, basada más en especulaciones que en un análisis profundo,<sup>10</sup> insistía sobre una situación ya cargada desde un punto de vista étnico e ideológico. Pero, lo que es más importante, la obra ha servido para mellar parte de la base de apoyo a la Revolución cubana en la comunidad negra. Paradójicamente, aunque ha contribuido a ubicar a algunos afronorteamericanos en las políticas anticubanas del gobierno estadounidense, también ha reforzado al Comité Electoral Negro del Congreso en su llamado a poner fin al bloqueo. El Comité afirma que solo si se levanta el bloqueo podrá mejorarse la vida de los cubanos negros.<sup>11</sup>

La laguna existente en los estudios raciales cubanos y la falta de contacto real aumentaron la vulnerabilidad de los afronorteamericanos hacia la propaganda interna y las tendencias ideológicas en los Estados Unidos. Aunque la mayoría de los afronorteamericanos apoyaban a la Revolución —y todavía lo hacen—, siempre ha habido algunos que han adoptado la postura contraria.<sup>12</sup> Los afronorteamericanos, como todos los estadounidenses, están influidos por la hegemonía capitalista, y algunos perciben el socialismo cubano como antitético a sus concepciones sobre el ascenso social. De hecho, varios conservadores han estado dispuestos a colaborar, contra Cuba, con fuerzas anticomunistas más amplias. En las comunidades negras, sin embargo, la crítica al socialismo se presenta pocas veces en términos filosóficos o como un apoyo a las libertades de mercado, sino casi siempre dentro de un marco de preocupación racial.

La obra de Moore ofrece un ejemplo instructivo de esta estrategia conservadora. Aunque habla ostensiblemente a favor de los negros cubanos en general, en realidad aboga por la existencia de un número mayor de negros en las capas media y superior. Sus posiciones ideológicas y de clase se evidencian cuando critica a los afrocubanos por apoyar a la Revolución. La amplia mayoría de los cubanos negros —pobres y marginados antes de 1959— lo hizo porque aquella mejoró sus vidas y abrió oportunidades que antes les habían sido negadas. Sin embargo, Moore los menosprecia diciendo que la Revolución los ha engañado, y los acusa de no ser lo suficientemente «negros». En este último aspecto, utiliza hábilmente la definición estadounidense de «negro» en yuxtaposición a las sensibilidades campesina y obrera de los negros cubanos. Nunca expresa el hecho de que si bien los afrocubanos poseen una concepción diferente de qué significa ser negro, esta identidad tiene sus raíces en la historia de Cuba. Por ejemplo, como en gran parte de América Latina y el Caribe, la raza se ha conceptualizado en gran medida en torno a tres categorías: negro o indio, mulato o mestizo, y blanco. También, a diferencia del caso estadounidense, resulta de importancia el hecho de que el movimiento de independencia cubano contra España compartiera el escenario histórico con la abolición. Este sirvió para estimular, si bien con tensiones, una mayor concepción multirracial de la nacionalidad cubana de lo que ocurrió en los Estados Unidos. El

**Históricamente, los afronorteamericanos supieron de Cuba por muchos canales. La vía inicial se forjó por medio de la esclavitud. Muchos afronorteamericanos pasaron por el Caribe al llegar a América; algunos tenían parientes que habían sido vendidos en las islas o en Brasil. En la mayoría de los casos, el conocimiento sobre los pueblos negros, especialmente en la cercana Cuba, se alojaba en la memoria colectiva.**

imperialismo «yanqui» también dio a todos los cubanos un mayor sentido de nacionalismo de clase de lo que ha ocurrido jamás en los Estados Unidos, un país más polarizado en torno a la raza.

La obra de Moore pudo haber contribuido a nuestra comprensión de las experiencias de los negros en Cuba y en el continente americano, pero no fue así. En su lugar, apoyó los ataques conservadores a Cuba, al tiempo que aducía que una Cuba más estratificada respecto de las clases sería mejor para los negros, ya que entonces podría haber más negros en posiciones cimieras. En sus conferencias, Moore también refuerza la tendencia —poco extendida, pero persistente en la comunidad negra— a creer que «nosotros» sabemos más de «lo negro» que los demás pueblos de color del mundo. Y aunque la conciencia «negra» puede haber estado más presente y sido más tenaz en la experiencia de los Estados Unidos, en Cuba ha prevalecido una mayor conciencia de orientación africana.<sup>13</sup> Además, aunque tal vez los afronorteamericanos estén más conscientes de su raza, no han podido, en palabras de un activista de Chicago, «liberar ni una cuadra». Son paradojas que merecen ser examinadas, porque, según Ferdinand Oyono, «el perro de los reyes» debe tener cuidado de no creerse «el rey de los perros».<sup>14</sup>

Al profundizarse la crisis en las comunidades pobres de los Estados Unidos, la población desesperada «racializa» y «expresa» soluciones conservadoras en forma creciente. Del Estado llegan llamados a reducir los servicios sociales y a aumentar el número de cárceles; dentro de la comunidad negra surgen campañas estrechas a favor del nacionalismo negro, cultural y empresarial.<sup>15</sup> Con el propósito de enmascarar su programa, la derecha ha aunado posiciones ideológicas polares, jugando con las fronteras de la derecha y la izquierda. La izquierda estadounidense ha contribuido a este problema con su resistencia a convertir la raza en un tema movilizador de importancia. Todo esto se produce en un momento donde el activismo intelectual y el internacionalismo del tipo que se reflejaba en la visión y los proyectos de Martin Delany, W. E. B. Du Bois, Marcus Garvey, Mary McLeod Bethune, Langston Hughes y Malcolm X, parecen haber retrocedido. De hecho, el «nacionalismo negro tradicional» estaba, en palabras de Sterling Stuckey, fundamentalmente vinculado a las ideologías y estructuras antimperialistas.<sup>16</sup> Resulta difícil encontrar un intelectual o activista del siglo XIX que no viese la lucha

afronorteamericana vinculada esencialmente a la liberación de todos los pueblos negros. Esto es evidente en los escritos y discursos de la época. Hoy el nacionalismo negro se define, en gran medida, tomando como base consideraciones y programas internos; hay una menor tendencia a mezclar lo interno y lo internacional en su retórica.<sup>17</sup> Aunque existe un sentido de vinculación al mundo negro, el nacionalismo afronorteamericano contemporáneo está en gran medida separado de las tendencias ideológicas internacionales y de los proyectos antimperialistas.<sup>18</sup>

### **La idea de la libertad: el surgimiento de Cuba en el pensamiento afronorteamericano del siglo XIX**

Históricamente, los afronorteamericanos supieron de Cuba por muchos canales. La vía inicial se forjó por medio de la esclavitud. Muchos afronorteamericanos pasaron por el Caribe al llegar a América; algunos tenían parientes que habían sido vendidos en las islas o en Brasil. En la mayoría de los casos, el conocimiento sobre los pueblos negros, especialmente en la cercana Cuba, se alojaba en la memoria colectiva. Algunas personas de color, sobre todo en Florida y Luisiana, hablaban español o llevaban apellidos españoles.<sup>19</sup> No es sorprendente que los afronorteamericanos siguieran, en la medida de sus posibilidades, los sucesos del hemisferio. Cuando los políticos y capitalistas estadounidenses comenzaron a construir un imperio en su «propio patio», la información entre el norte y el sur comenzó a fluir más. También la Revolución haitiana creó amplios temores entre los plantadores y racistas, pero sirvió de inspiración y desafío a todos los negros del continente americano. La descripción de Herbert Aptheker sobre los decenios que siguieron a 1820 —a los que califica de un momento «de profunda agudización de las actividades de rebelión» entre los afronorteamericanos—, es válida también para los afrocubanos.<sup>20</sup>

Los afronorteamericanos veían a Cuba, cada vez más, a través del prisma de su propio deseo de libertad. A mediados del siglo XIX, imaginaban la libertad en tres formas distintas: la emigración a tierras situadas fuera de los Estados Unidos y el poder económico, político y social seguro; la integración a la sociedad existente sobre una base de igualdad, o la organización de una revolución

para derrocar el sistema y crear otro en que pudieran llegar a ser ciudadanos plenos. Estas tres posibilidades no solo enmarcaron las estrategias de movilización en los Estados Unidos, sino que se convirtieron en una norma en relación con la cual nacionalistas, intelectuales y activistas negros medían la libertad existente en Cuba y en la diáspora. En cierta forma, estos tres ideales continúan informando las ideas de los afronorteamericanos sobre otros países multirraciales. Pero en el siglo XIX, con la esclavitud rampante y el aumento de la violencia racista blanca, se acaloraron los debates entre Frederick Douglass, Martin Delany, Henry Highland Garnet, Alexander Crummel, Sojourner Truth y Henry McNeal Turner, sobre cuál de estos objetivos perseguir colectivamente. Como Africa y otros territorios del continente americano, Cuba pasó a ser parte de ese discurso; resultaban lugares hacia donde emigrar, espacios en los que era más o menos probable una integración basada en la igualdad, o territorios de revuelta abierta que servían para despertar las sensibilidades rebeldes de los afronorteamericanos.

La imagen de Cuba como «territorio en rebelión» se forjó con la llamada Conspiración de La Escalera. Aunque la mayoría de los historiadores considera que la Guerra de los Diez Años (1868-1878) constituye el inicio de las relaciones afronorteamericanas con Cuba, La Escalera creó un lugar para Cuba en la conciencia afronorteamericana. Una figura en especial capturó su imaginación y simbolizó «el ignominioso crisol de la esclavitud».<sup>21</sup> Gabriel de la Concepción Valdés, pardo libre, un respetado poeta y abolicionista, fue ejecutado por los españoles. Se le conocía como Plácido y se le presentaba como un hombre amable asesinado a causa de sus «raras dotes» como poeta. Sus escritos se tradujeron con posterioridad y llegaron a ser conocidos por los afronorteamericanos.<sup>22</sup> Su recuerdo llegó a ser tan importante, que los diarios y revistas afronorteamericanos le rindieron tributo desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el decenio del 50 del presente siglo.<sup>23</sup>

La Escalera tuvo también una enorme repercusión en Martin Robinson Delany, conocido como el primer nacionalista negro, panafricanista y emigracionista de América del Norte.<sup>24</sup> En el decenio de 1840, Delany comenzaba a conformar sus ideas sobre la esclavitud y el racismo. Debido a la explotación total imperante en el sur y a la existencia de segunda clase que llevaban los negros en el norte, consideraba imposible que estos pudieran integrarse jamás a la sociedad en condiciones de igualdad. En 1852 publicó su famoso escrito *The Condition, Elevation, Emigration and Destiny of the Colored People of the United States*, en donde desarrollaba sus ideas sobre la emigración negra; en 1854 sirvió de punta de lanza de la Convención Nacional sobre Emigración.<sup>25</sup> En 1859 Delany comenzó a escribir su obra de ficción *Blake or the Huts of America: A Tale of the Mississippi Valley, the Southern United States and Cuba*; varios capítulos comenzaron a aparecer en *Anglo-African Magazine* y más tarde, en 1861-1862, en la nueva publicación *Weekly Anglo-African*.<sup>26</sup> En la novela, el personaje central, Henry

(Blake), viaja por los Estados Unidos y Cuba organizando una insurrección general de esclavos. Delany intercala narrativa y poesía para desarrollar la historia.<sup>27</sup>

Historiadores y críticos literarios recibieron a *Blake...* como una de las primeras novelas escritas en los Estados Unidos por un negro; examinaron su importancia para comprender la esclavitud tanto en ese país como en Cuba, y reflexionaron sobre las ideas de Delany según se desarrollan a través de Henry y los demás personajes. Sin embargo, ha habido muy poco análisis sobre la importancia de Cuba en la trama. Hasta donde sé, nadie ha formulado la pregunta: ¿por qué usó Delany a Cuba y no al Brasil o a Jamaica, por ejemplo? Además, ¿por qué es Cuba de importancia fundamental para el desarrollo de la insurrección? De hecho, Henry pasa bastante tiempo en la Isla, donde recibe aliento de numerosos rebeldes, y muy significativamente, de un «solicitado poeta de la revolución» llamado Plácido, quien está de acuerdo con el objetivo final de Henry: rebelarse y asentar a todos los negros en Africa.<sup>28</sup> Plácido es el único personaje no ficcional del libro, y es portador y receptor de alguna de la más espléndida poesía de Delany. De hecho, Victor Ullman, uno de los primeros biógrafos de Delany, aduce que la canción poema de Plácido inicia los planes para la insurrección, e influye en el estado de ánimo de los rebeldes cuando esperan el momento de la huelga. Se trata, sin dudas, de una de las secciones más dramáticas de la obra. Ullman también afirma que con este poema se expresan todas «las esperanzas, frustraciones y temores pasados de Delany y sus propias dudas sobre el futuro».<sup>29</sup>

La importancia de Cuba para Delany —uno de cuyos hijos llevaba el nombre de Plácido— debe comprenderse en el contexto del turbulento período de mediados de siglo. Cuba era de importancia capital en el torbellino de la esclavitud, el destino manifiesto, el colonialismo y la burguesía en ascenso. España continuaba importando africanos a pesar de las crecientes presiones británicas por prohibir la trata, pero le preocupaba la creciente «africanización» de la Isla.<sup>30</sup> La élite esclavista cubana deseaba la independencia de España, pero temía no poder mantener la esclavitud ella sola.<sup>31</sup> A fin de solucionar el problema, algunos criollos deseaban la anexión a los Estados Unidos, que tenían mayores posibilidades comerciales, mientras algunos políticos de Washington consideraban que Cuba estaba «destinada» a ser parte de los Estados Unidos. De hecho, los gobiernos de James Polk y Franklin Pierce trataron infructuosamente de comprar Cuba a España a fin de satisfacer los deseos de los plantadores: expandir la esclavitud. En el decenio de 1850, John A. Quitman, entonces gobernador de Mississippi —quien se sentía frustrado por no poder lograrlo— y el cubano-venezolano Narciso López tomaron el asunto en sus manos y organizaron aventuras filibusteras destinadas a anexar a Cuba. Fueron atrapados y arrestados. El gobierno de los Estados Unidos, en forma bien ambivalente, hizo declaraciones

**El apoyo de los afronorteamericanos al espíritu de rebelión cubano no se basaba simplemente, pues, en vínculos raciales y antiesclavistas. Estaba también motivado por intereses nacionales propios.**

públicas a favor de España. Para entonces, sin embargo, los Estados Unidos habían comenzado a reemplazar a España y a Gran Bretaña como principal socio comercial de Cuba.<sup>32</sup>

Los afronorteamericanos no hicieron caso omiso de los intentos de los plantadores sureños que trabajaban en pro de la expansión de sus límites occidental y meridional, ni tampoco de la creciente preeminencia de los Estados Unidos en el comercio con Cuba. El apoyo de los afronorteamericanos al espíritu de rebelión cubano no se basaba simplemente, pues, en vínculos raciales y antiesclavistas. Estaba también motivado por intereses nacionales propios. Que Cuba pudiera ser anexada a los Estados Unidos, tal vez explique, en parte, la facilidad con que Delany incluye a la Isla en su novela. De hecho, hay pasajes claves donde el sur de los Estados Unidos y Cuba parecen ser partes de un mismo sistema. Después de la Guerra de Secesión, los sureños continuaron mirando a Cuba, teniendo siempre en mente esta posibilidad; pero la primera guerra de independencia cubana frustró sus designios. En octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes lanzó el Grito de Yara, liberó a sus esclavos y organizó un ejército. En la parte oriental de la isla, otros hicieron lo mismo. Este inicio de la cruenta Guerra de los Diez Años logró poner en primer plano la necesidad del fin de la esclavitud e hizo de «la independencia la ideología política dominante».<sup>33</sup>

**Solidaridad y límites del nacionalismo: los movimientos independentistas cubanos**

No debería constituir una sorpresa que el apoyo a la independencia de Cuba fuese el primer acto de solidaridad internacional de los afronorteamericanos como hombres libres. A diferencia de los demás episodios después de Haití, los combatientes por la libertad de Cuba despertaron la sensibilidad rebelde de la mayoría de los afronorteamericanos. Frederick Douglass escribió: «El primer destello de la espada de la libertad y la independencia de Cuba despertó mi simpatía hacia la causa revolucionaria».<sup>34</sup> En sus editoriales incitó a «la juventud afronorteamericana a entregar su ciudadanía y unir su fortuna a la de los hermanos que sufren en Cuba».<sup>35</sup> Según Johnetta Cole, «desde el propio inicio [de la guerra] la voz de los estadounidenses negros estuvo entre las de las personas progresistas de los Estados Unidos [...] que proclamaban su simpatía hacia los insurrectos cubanos y exigían el reconocimiento de la beligerancia de Cuba».<sup>36</sup> En 1872, el reverendo Henry Highland Garnet y Samuel

R. Scottron formaron la Sociedad Antiesclavista Cubana, convocaron a una reunión de masas en Coopers Union, Nueva York, con el propósito de «promover la causa de la libertad» y obtuvieron más de cinco mil firmas para una petición que presentaron al presidente Grant.<sup>37</sup>

Los afronorteamericanos observaron otro aspecto dominante del esfuerzo cubano: «los habitantes de color combaten junto a los blancos, con grados de oficiales, y en muchos casos los oficiales de color comandan efectivos blancos».<sup>38</sup> Desde el inicio mismo, las unidades de soldados conocidos como mambises estuvieron integradas por blancos y negros, antiguos esclavos y hombres libres. Un hombre de color como Antonio Maceo, que había obtenido el grado de General del Ejército Libertador, se convirtió en su más aguzado estratega y en una «figura dominante en la lucha cubana por la independencia».<sup>39</sup> Ver a oficiales como Maceo en una batalla tras otra, provocó gran emoción en los afronorteamericanos: estos comprendieron que los negros cubanos utilizaban su intelecto, recursos y poder para derrotar a los españoles y a la esclavitud, lo que no se les permitió a los afronorteamericanos durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.

La naturaleza de la primera guerra de independencia de Cuba, sin embargo, ha resultado polémica. Por una parte, los afronorteamericanos tenían razón: no había habido nada igual. Un ejército de ricos y pobres, blancos y negros, que luchaban lado a lado por su liberación, era algo singular en la época de la eugenesia, el incremento del darwinismo social y los estudios craneales poligénicos. Al comparar el ejemplo de posible igualdad racial que daba Cuba con la *Encyclopedia Britannica* de 1878 —donde se definía a los negros como personas de capacidad intelectual inferior—, los afronorteamericanos pudieron muy bien haber hecho de Cuba un modelo en lo referido a asuntos raciales.<sup>40</sup> Del mismo modo, los dirigentes cubanos históricos y contemporáneos han analizado la guerra como un prototipo antirracista. Cuando organizaba el segundo movimiento revolucionario cubano, José Martí utilizó esta interpretación en su intento de forjar una fraternidad entre las razas.<sup>41</sup> Por otra parte, las históricas divisiones de clase y raza en Cuba acosaron a la Junta Revolucionaria y al ejército desde el principio. En sus voluminosos estudios sobre este período, Phillip Foner critica las interpretaciones románticas y aduce que el racismo constituyó una causa importante del fracaso de la primera guerra de independencia de Cuba.<sup>42</sup>

El 7 de febrero de 1878, la Guerra de los Diez Años terminó sin lograr la independencia de Cuba ni poner fin a la esclavitud. Antonio Maceo se negó a firmar el Pacto

del Zanjón en su hoy famosa «Protesta de Baraguá». S. R. Scrotton, presidente de la Sociedad Antiesclavista de Cuba en los Estados Unidos, escribió con gran deferencia a Maceo: «Nadie ha ocupado [una posición] más noble [que la suya]». <sup>43</sup> En aquel momento, la lucha nacional implosionó por carecer de unidad ideológica.

No es evidente hasta qué punto los afronorteamericanos eran conscientes de la profundidad del racismo en Cuba. Sin dudas, Douglass, Garnet, Delany y otros la vislumbraron en la virulenta forma en que se trató a Antonio Maceo. <sup>44</sup> Los negros de Nueva Orleans deben de haberla experimentado de primera mano cuando entraron en contacto con los muchos emigrados cubanos de la élite que vivían allí. <sup>45</sup> Sin embargo, los afronorteamericanos conocían también a hombres como José Martí y a trabajadores cubanos blancos, que representaban a la cubanidad más progresista. <sup>46</sup> Martí, sobre todo, se dio a conocer como combatiente por la unidad de Cuba. En 1880, en su primer discurso pronunciado en los Estados Unidos, habló en un atestado salón de Nueva York. «Para incomodidad de los inmigrados aristocráticos adinerados, pero para deleite de los tabaqueros blancos y negros», Martí habló con osadía de la amargura que rodea el problema racial. <sup>47</sup> En 1882 escribió a Maceo y reconoció el arraigado racismo del país. <sup>48</sup> Es significativo que ese mismo año escribiera un elogio, sobre la vida del reverendo Henry Highland Garnet, uno de los abolicionistas y nacionalistas negros más respetados del siglo XIX. También publicó un reportaje sobre los servicios celebrados en memoria de Garnet en el Salón de la Unión de Barrileros. <sup>49</sup>

En 1895 el Partido Revolucionario Cubano (PRC), dirigido por Martí, inició la Guerra de Independencia. A diferencia de la Guerra de los Diez Años, reunió una coalición popular de hombres de modestos ingresos, cuya ideología era progresista y nacionalista. Dado que el cuarenta por ciento de los altos oficiales del ejército eran personas de color, para los afronorteamericanos era una «guerra de negros». <sup>50</sup> Ya para entonces se había abolido la esclavitud en Cuba, pero no se habían alcanzado la independencia y la justicia social. Los afronorteamericanos deseaban que Cuba se uniera a Haití, la República Dominicana y Liberia y se convirtiera en un país de dirección negra. De hecho, Antonio Maceo emergió de nuevo como el dirigente «en torno al cual los jóvenes negros con aspiraciones pueden colocar sus mejores esperanzas para el futuro». <sup>51</sup> En su sustancial obra sobre la prensa negra, el historiador William Gatewood encontró que esta siempre había apoyado con firmeza a Cuba, y afirma que «la rebelión apenas había comenzado» cuando empezó a recibir aplausos de la comunidad negra. <sup>52</sup> Además, la propia condición de los afronorteamericanos, en pleno deterioro, los hacía proclives a pensar en Cuba como un paraíso racial y a forjar la ilusión de emigrar allá. Entre 1895 y 1898 hubo insistentes llamados para que los negros se unieran a los cubanos con el propósito de derrotar a la tiranía española. Algunos instaron a los Estados

Unidos a intervenir, no para anexarla como en Hawai, sino para «restaurar la paz sin comprometer la libertad y la independencia del pueblo cubano». <sup>53</sup>

Los Estados Unidos sí intervinieron, pero no en respuesta a las demandas negras, sino por sus propios fines expansionistas. Una vez que se justificó la intervención con el hundimiento del *U.S.S. Maine* en la bahía de La Habana, en febrero de 1898, los afronorteamericanos —sobre todo los de opiniones de clase media, representados en la prensa— comenzaron a cambiar el foco de sus concepciones. El principal problema que se deliberaba en marzo de 1898 era si debían presentarse como voluntarios en la guerra. ¿Promovería esto el avance de los norteamericanos negros? ¿Sería bueno para Cuba? Según Gatewood, a los comentaristas les importaban menos los cubanos que el interés de los propios afronorteamericanos. Sin embargo, la concepción general de que luchar por Cuba era compatible con la participación estadounidense en la guerra, no provocó un conflicto inmediato de intereses en la mayoría de los afronorteamericanos. El gobierno decidió utilizar voluntarios negros, como en todas sus anteriores guerras. En junio de 1898, en la fuerza invasora participaron regimientos negros. <sup>54</sup> Algunos permanecieron allí después de la derrota de España y pasaron a formar parte de la fuerza estadounidense de ocupación a principios de 1899. <sup>55</sup>

Las respuestas de los negros a la Guerra Hispano-Cubano-Americana fueron importantes por varias razones. En primer lugar, aparte de las guerras con los indios, fue el primer conflicto internacional de los Estados Unidos en que pudieron participar los negros luego de obtener su ciudadanía. Con el aumento de la violencia blanca y la negativa del gobierno federal a proteger los derechos de sus ciudadanos negros, la guerra provocó una serie de debates dentro de la comunidad afronorteamericana. La contradicción de ser negro y estadounidense, presente desde la emancipación, salió por vez primera a la palestra nacional con el problema de trabajar a favor de la igualdad en casa y cumplir con sus responsabilidades como ciudadanos de un país. Muchos dirigentes importantes, como Booker T. Washington, consideraban que los negros debían combatir en la guerra; según Washington, los negros podían ser tan patriotas como los blancos. Los sustentadores de esa idea esperaban que la participación de los negros en el ejército creara un mejor entorno racial. El periodista T. Thomas Fortune venía pidiendo, desde hacía años, la creación de una unidad negra de artillería que enseñara «a los blancos qué es ser soldado». <sup>56</sup>

Quienes se oponían a la participación aducían que los negros no tenían por qué unirse a ningún conflicto estadounidense porque, como dijo un joven negro de la región centroccidental del país: «No iré a la guerra. No tengo país por el cual luchar. No se me han dado mis derechos». <sup>57</sup> Otros, como George Dudle del *American Citizen*, de Kansas City, afirmaban que los recursos y el supuesto humanitarismo de los Estados Unidos podrían servir mejor para proteger los derechos de los estadounidenses negros. <sup>58</sup>

Un tema central en los debates de prensa era el de Cuba como posible lugar de emigración. Los negros creían que estarían en buena posición para emigrar una vez que apoyaran la guerra de independencia. Los soldados negros enviaban radiantes informes a la prensa negra para confirmar las mejores relaciones raciales de que disfrutaban los cubanos. También la proximidad de Cuba haría menos costosa la reubicación y, por lo tanto, más probable que cualquier reasentamiento en África. Estimuladas por el aumento del racismo, se elevaron varias voces en pro de la emigración en los años que siguieron a la derrota de España, a fines de 1898. Hubo personas que emigraban por sí solas, y propuestas de emigración en gran escala. En 1898 se creó una Sociedad de Emigración Afroamericana a Cuba, con la esperanza de convencer a los negros de emigrar; el reverendo W. L. Grant, de Topeka, pidió al Congreso asignar un millón de dólares para su plan de asentamiento, pero no logró resultados positivos.<sup>59</sup> Al igual que en el pasado, a estas propuestas de emigración en gran escala se opuso un gran grupo de afronorteamericanos. Algunos consideraban oportunistas las motivaciones de los organizadores. Muchos críticos expresaron ideas similares a las del clérigo John E. White: «El negro es un estadounidense con todos los derechos de vivir en los Estados Unidos y destinado a permanecer en su país de nacimiento».<sup>60</sup> Y, como en el pasado, un buen número de racistas blancos apoyaron la emigración negra.<sup>61</sup>

Sin embargo, se presentaron contradicciones fundamentales. A fines de 1899, los estadounidenses negros comenzaron a recibir informes de que los afrocubanos no deseaban que se asentaran en la Isla.<sup>62</sup> Aunque este había sido un problema corriente en Liberia, muy pocos de los emigracionistas afronorteamericanos parecía conocerlo o importarles.<sup>63</sup> En el caso de Cuba, donde había un contacto más directo, las ideas del público residente se dieron a conocer. Aunque los cubanos no se oponían a que un número pequeño de personas se asentara en la Isla, los cubanos negros parecían opuestos a la emigración en masa. Los afronorteamericanos parecieron sorprendidos y atribuyeron la respuesta a dos causas. En primer lugar, que los norteamericanos blancos estaban propagando rumores falsos sobre los afronorteamericanos, a los que eran vulnerables los afrocubanos. En segundo, que el nacionalismo era más fuerte en los cubanos que la conciencia racial y, por lo tanto, veían a los norteamericanos negros de la misma manera que a los blancos.<sup>64</sup> Aun cuando en ambos argumentos podía haber algo de cierto, la preocupación de los afrocubanos tenía causas más probables. Durante los dos primeros años posteriores a la derrota de España y bajo la ocupación estadounidense, la inmigración a la Isla había alcanzado niveles extraordinarios. Entre 1898 y 1901 llegaron a Cuba unos setenta mil inmigrantes —la mayoría blancos no calificados que desplazaban a los campesinos y

trabajadores cubanos.<sup>65</sup> Además, el capital estadounidense comenzó a penetrar a un ritmo galopante: convirtió en campesinos a los terratenientes afrocubanos y en mendigos a los campesinos. Los cubanos no tenían idea de qué camino intentaban seguir los norteamericanos negros. Como otro grupo de trabajadores con los que tendrían que competir, o como capitalistas hambrientos que tomarían sus tierras, para los afrocubanos constituían una preocupación válida. Mi trabajo preliminar demuestra que los afronorteamericanos promotores de estos planes nunca examinaron en serio este hecho, ni tampoco por qué cualquier plan de emigración en masa corre el riesgo de ser colonialista. Lamentablemente, en los debates en torno a los planes de reasentamiento no había inquietud sobre quiénes serían los dueños de las tierras que se tomaran, qué cultura sería la hegemónica y quién dominaría desde un punto de vista económico.

Los afronorteamericanos nunca se asentaron masivamente en Cuba, en gran medida porque la mayoría nunca lo deseó. Sin embargo, a los que lo deseaban los desilusionó el aumento del racismo en el país. Mientras los empresarios elaboraban sus posiciones estratégicas, como hermanos de raza y estadounidenses, para iniciar planes de asentamiento, el gobierno trabajaba con la intención de frustrar cualquier realización de un «paraíso racial». La concepción sustentada por el secretario de Estado Hamilton Fish en 1872 —que los cubanos tenían demasiada mezcla racial como para poder gobernarse a sí mismos— continuaba afectando la política unos treinta años después.<sup>66</sup> Sin embargo, durante el gobierno de McKinley se temía, más que a la raza, a la concepción progresista de la mayoría, demostrada durante la segunda guerra de independencia de Cuba.

La Guerra Hispano-Cubano-Americana fue de importancia crucial para los afronorteamericanos. Los negros pretendieron reconciliar su doble carácter de negros y norteamericanos. En esos momentos muchos pensaron que les sería posible unir su propia lucha por la igualdad con la de sus aliados de larga data —los cubanos—, y demostrar así su lealtad al gobierno de los Estados Unidos. Del mismo modo, los afronorteamericanos pretendían encontrar en Cuba un paraíso racial. En realidad, la lucha por la igualdad y la libre determinación no podía llevarse a cabo bajo los auspicios del imperialismo estadounidense. Tampoco cabría encontrar paraísos raciales bajo la cubierta de tales aventuras. Aparte de unos pocos negros que obtuvieron empleo y de la liberación psicológica que alcanzaron disparando sus armas contra los racistas,<sup>67</sup> poco alcanzaron las masas negras de ambos lados del estrecho de la Florida. Algunos estadounidenses, como John Mitchell, editor del *Richmond Planet*, comprendieron las intenciones de los Estados Unidos desde antes de la intervención. Mitchell escribió muy severos editoriales contra los intereses estadounidenses en la Isla: indicó que se utilizaban justificaciones

## **La solidaridad afronorteamericana con Cuba se cimentó durante el siglo XIX y principios del XX. La historia brinda la base para una mejor comprensión de las claves en las relaciones contemporáneas entre los afronorteamericanos y los cubanos.**

humanitarias como subterfugio para ganancias políticas y codicia capitalista. Profetizó, además, que a los cubanos les iría de mal en peor.<sup>68</sup>

### **Hegemonía y raza**

La Enmienda Platt, de 1901, marcó el final de una era y el inicio de otra. Para quienes se encontraban en el poder, significó el triunfo. Al fin se había hecho realidad el deseo largamente acariciado por los Estados Unidos de poseer a Cuba: con la hegemonía política y social habían logrado garantizar la futura penetración económica. Del mismo modo, los plantadores y la élite comercial de la Isla lograron la república que deseaban, en oposición al independentismo de la mayoría, que procuraba la transformación social; al costo del poder real, pudieron conservar sus privilegios en la nueva república. Los afro cubanos y afronorteamericanos debieron aprender duras lecciones sobre el racismo y el nacionalismo. Ambas poblaciones habían buscado la igualdad mediante la participación, y ambas se vieron desilusionadas. Con sus comunidades completas, los veteranos negros de los dos países encararon una degradación creciente al regresar a sus respectivos hogares. Gran número de afronorteamericanos comenzó a migrar al norte en busca de oportunidades y seguridad.

En Cuba, hacia 1908, un pequeño número de veteranos de nivel medio, presa de total desencanto, fundó el Partido Independiente de Color (PIC). Bajo la dirección del comandante Evaristo Estenoz y de Pedro Ivonet, el partido inició una campaña pública contra la discriminación, la inferioridad negra y las divisiones sociales entre mulatos y negros.<sup>69</sup> Al aumentar las afiliaciones al partido, la élite cubana evocó de nuevo el espectro de la «guerra racial».<sup>70</sup> El Congreso utilizó esa amenaza como justificación para prohibir jurídicamente la existencia de un partido basado en el color de la piel, aduciendo que el Partido Independiente de Color, y no la política estatal, era racista.<sup>71</sup> Decididos a repeler la llamada Ley Morúa, los dirigentes del partido emitieron un llamado para llevar a cabo una protesta armada limitada. Sin embargo, «la protesta independiente puso en movimiento una protesta mayor. La llama política hizo arder la conflagración social y el campo se incendió».<sup>72</sup> Más de diez mil campesinos de Oriente, expulsados de sus tierras, sobre todo por los intereses azucareros estadounidenses, se unieron a la rebelión.<sup>73</sup>

La élite cubana fue tomada por sorpresa, pero respondió con rapidez a su arraigado miedo a una

revuelta negra. Las fuerzas armadas, apoyadas por los *marines* estadounidenses, comenzaron a detener y atacar indiscriminadamente a las personas de color.<sup>74</sup> Oriente, la región donde los negros habían invertido tantas energías, se convirtió en un campo de matanza. En palabras de un estadounidense residente: «En esta provincia les han arrancado la cabeza a unos seis mil negros y a casi todo el resto le han metido el miedo en el alma».<sup>75</sup> Un oficial de la Marina de los Estados Unidos habló de «cadáveres que colgaban de los árboles».<sup>76</sup> Se calcula que para julio habían muerto unas cuatro mil personas, entre las que se encontraban Estenoz e Ivonet.

El primer suceso en Cuba que atrajo la atención de la prensa negra después de la guerra Hispano-Cubano-Americana fue visto con horror por los afronorteamericanos. La atención de la prensa se debió a dos causas. Una, las proporciones del hecho, que se acercaba al holocausto, y que los afronorteamericanos atribuían en gran medida a la «colorfobia» estadounidense.<sup>77</sup> Para muchos afronorteamericanos, antes de la intervención de los Estados Unidos, Cuba había sido un paraíso racial. La segunda causa procedía de rumores que circularon después de la guerra sobre la motivación original del Partido Independiente de Color. Se especuló que cuando emitió su llamado a la protesta armada, la dirección del partido había estado confabulada con el dirigente del Partido Liberal, José Miguel Gómez. Según esta concepción, Gómez y Estenoz habían conspirado para amenazar con una revuelta a fin de colocar al primero en una posición que le permitiera revocar la Ley Morúa, del Partido Moderado.<sup>78</sup> Así, Estenoz no comprendió en modo alguno la situación e hizo creer a campesinos inocentes que el partido podría defenderlos. Es interesante que los intelectuales que escribían en diarios afronorteamericanos debatían este mismo hecho. En las páginas de *Crisis*, Arturo Schomburg, conocido estudioso y activista puertorriqueño residente en Nueva York, elogió a Estenoz por «aceptar el desafío de la lucha por los derechos de los hombres de tez oscura». Dos meses después, James Clark impugnó la posición de Schomburg y atacó a Estenoz por sus «ambiciones insatisfechas». Clark lamentó que tantos negros hubieran sido «víctimas de este desencaminado reformador».<sup>79</sup> Todavía en 1933 M. A. Pérez-Medina, en un libro editado por Nancy Cunard, recalca que mientras «se cazaba a los negros como a ratas rabiosas», Estenoz había sido un hombre de «carácter innoble y un oportunista».<sup>80</sup>

El centro de los debates no se relacionaba tanto con Estenoz e Ivonet, sino con la reconciliación del estudioso o



el escritor con su propia posición ideológica, en relación con los temas fundamentales del episodio completo. ¿Tenían los negros cubanos el derecho a organizar un partido político basado en la raza? ¿Era ello básicamente progresista o reaccionario? ¿Conducen estas formaciones políticas a la unidad o a la hostilidad racial? Si los fundadores del partido estaban equivocados, ¿se justificaba la Ley Morúa? Los escritos de la época revelan una evolución en las posiciones ideológicas. En 1912 Arturo Schomburg apoyó el derecho de Estenoz a organizar un partido de ese tipo. Recuerda que «Estenoz nació en la cuna de las conspiraciones revolucionarias: Santiago de Cuba» y considera al Partido Independiente de Color como una extensión de esa causa revolucionaria. También asimiló la Ley Morúa a la decisión Dred Scott, que hizo que los esclavos libres del Norte fuesen sometidos de nuevo a la esclavitud. Schomburg había sido miembro del Partido Revolucionario Cubano, de carácter multirracial, y se había convertido en un *race man*, como se dio en llamar a los hombres que rechazaban la segregación, el acomodo y la capitulación. Creían que los negros tenían, como tales, el derecho a defender su liberación política, social y psicológica y a luchar por ella. Como después de la emancipación y la guerra de independencia no se había producido la liberación, era necesario continuar la lucha.<sup>81</sup> Por otra parte, James Clark asumió una posición liberal clásica: no apoyó el derecho de los afrocubanos de organizar un partido para las personas de color con el argumento de que la Ley Morúa estaba «destinada a proteger los intereses» de estos. Tras señalar que Morúa era negro él mismo, Clark afirmó que la existencia de partidos negros conduciría al surgimiento de partidos solo para blancos. Instó entonces a los cubanos negros a apoyar la elección de miembros de color «puramente por sus méritos por electores de todas las razas».<sup>82</sup>

El debate entre Clark y Schomburg fue un anuncio de los que vendrían después. Los nuevos alineamientos ideológicos, enmarcados en el movimiento garveyista y los poderosos partidos de izquierda, continuaron debatiendo el problema de si los negros tenían o no el derecho de organizar formaciones negras y si ello era necesariamente reaccionario o progresista. Es interesante que las posiciones de los *race men* y los liberales se absorbieran en ambos movimientos, en su deseo de encontrar las mejores formas de movilizarse contra el racismo.

## Conclusión

La solidaridad afronorteamericana con Cuba se cimentó durante el siglo XIX y principios del XX. La historia brinda la base para una mejor comprensión de las claves en las relaciones contemporáneas entre los afronorteamericanos y los cubanos. Primeramente, los elementos racistas y derechistas de la población cubanoamericana actual no representan el sector histórico de cubanos a quienes apoyaban los afronorteamericanos. Los cubanos de Miami son descendientes ideológicos de la élite cubana que difamó a Antonio Maceo, desvió la Guerra de los Diez Años, colaboró con el imperialismo estadounidense y participó en la

carnicería de 1912. No sorprende, pues, que los afronorteamericanos no se hayan identificado con ese grupo. En segundo lugar, las ideas de Gómez, Maceo, Martí y los mambises se acopiaron y liberaron durante la revolución de 1959; por primera vez los nacionalistas progresistas de Cuba lograban derrotar la ideología y el poder de la hegemonía estadounidense y sus élites criollas.

La solidaridad histórica con Cuba brinda también lecciones importantes. Los afronorteamericanos aprendieron que participar en las aventuras imperialistas de los Estados Unidos no contribuye a la lucha contra el racismo. Por el contrario, la expansión económica, social y política de los Estados Unidos en Cuba no solo fortaleció a los racistas de la Isla, sino alentó el racismo en los Estados Unidos. Esto también fue así en el caso de las relaciones de los Estados Unidos con Sudáfrica e Israel. Por ejemplo, mientras David Duke y Jesse Helms encontraron «su hogar ideológico» en Sudáfrica, un grupo derechista apoyado por Israel —la Liga Judía contra la Difamación— participó en el espionaje de estadounidenses negros de tendencias progresistas. Dirigentes militares como Colin Powell, con su afirmación de que la participación de los negros en el ejército socava el racismo, deberían escuchar esta historia. Cabría instar a los jóvenes de ambos sexos, obligados a buscar empleo en el ejército, a luchar contra las políticas que limitan sus oportunidades de ganarse la vida de otra manera. Partiendo de sus ricos lazos con Cuba, los estadounidenses negros no deben permitir que se oponga su lucha interna por la igualdad a la libre determinación y a la progresista concepción socialista de la Isla.

También ha habido lecciones para los dirigentes revolucionarios cubanos. Con el propósito de sostener su núcleo revolucionario afrocubano y mantener su base de apoyo entre los afronorteamericanos, la Revolución ha comenzado a examinar críticamente sus logros y reveses en la lucha contra el racismo. Los revolucionarios cubanos han comprendido que sin un debate abierto, sería a los conservadores —que examinan abiertamente las cuestiones relacionadas con la raza— a quienes quedaría la tarea de escribir la historia de la lucha revolucionaria de Cuba por la igualdad. De hecho, con la terminación del boicot negro en Miami ha habido aperturas de políticos cubanoamericanos destinadas a ganarse a los dirigentes de la comunidad negra. Esto constituye un problema especial, ya que la Revolución cubana se ve obligada a centrarse más en la supervivencia interna, a causa del bloqueo estadounidense y de la desaparición de sus socios comerciales en Europa oriental, que en la obtención del apoyo de los afronorteamericanos. Sin embargo, la solidaridad afronorteamericana con la Revolución cubana tiene sus raíces en una larga tradición: no es fácil que desaparezca. Es importante que los estadounidenses negros se apoyen en esa tradición para construir un nuevo internacionalismo y oponerlo a los alineamientos y tácticas internacionales más elaboradas de las élites occidentales.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

## Notas

1. Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Under the Platt Amendment, 1902-1934*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1985.
2. Cuba no ha tratado de bloquear la información procedente de los Estados Unidos. De hecho, los cubanos reciben información sobre los Estados Unidos de la CNN, Radio Martí, reseñas noticiosas nacionales e internacionales y, sobre todo, mediante contactos con miembros de sus familias. Incluso cuando gran parte de las noticias estadounidenses sobre los afronorteamericanos son tendenciosas, muchos cubanos pueden mantenerse al tanto de los últimos acontecimientos relacionados con los equipos deportivos nacionales, las personalidades del mundo del espectáculo y los debates políticos de actualidad. Por ejemplo, en un número del verano de 1990 de *Juventud Rebelde*, una de las principales publicaciones juveniles, aparecía una noticia de primera plana sobre la cirugía plástica a que había sido sometido Michael Jackson.
3. Willard Gatewood ha escrito varios libros sobre los afronorteamericanos y Cuba a fines del siglo XIX. Véanse sus *Black Americans and the White Man's Burden*, University of Illinois Press, Urbana, 1975, y *Smoked Yankees and the Struggle for Empire*, University of Illinois Press, Urbana, 1971. Véanse también Johnetta Cole, «Afro-American Solidarity with Cuba», *The Black Scholar*, n. 8-10, Nueva York, 1977, pp. 73-80; y Rosemary Mealy, *Fidel and Malcolm: Memories of a Meeting*, Ocean Press, Melbourne, 1993.
4. Véase Benigno Aguirre, «Differential Migration of Cuban Social Races: A Review and Interpretation of the Problem», *Latin American Research Review*, vol. XI, n. 104, 1976; y Feliz Masud-Piloto, *With Open Arms: Cuban Migration to the United States*, Rowan and Littlefield, Nueva Jersey, 1988.
5. Véase Andrew Biliski, «Miami Racial Fires: Arson and Rioting ManSuper Bowl Week», *McClellans*, 30 de enero de 1989; Larry Rohter, «Miami Police Officer Acquitted in Racially Charged Slaying», *New York Times*, 29 de mayo de 1993; «An Immigration Policy That's Fair to All», *Business Week*, 6 de febrero de 1989; Robert R. DeVecchi, Jocelyn E. Williams, Kathryn Wrinn y Edward Dew, «Revise U.S. Refugees Policy on Haiti and Cuba», *New York Times*, 3 de enero de 1994; Steven Holmes, «Immigration Service Faces a Bias Suit by 550 Blacks», *New York Times*, 17 de febrero de 1994.
6. Véase «The Four Arrows of Mandela», *U.S. News and World Report*, 9 de julio de 1990.
7. Véase Nicole Lewis, «Miami Boycott University Yields Little Change», *Black Enterprise*, septiembre de 1991, y su artículo publicado dos años después, «Empowerment Agreement Ends Miami Boycott», *Black Enterprise*, agosto de 1993.
8. La Fundación Nacional Cubano Americana patrocinó a Jonas Savimbi, del movimiento contrarrevolucionario angolano UNITA, en su viaje a los Estados Unidos en 1986. También apoyó al Movimiento de Resistencia Nacional de Mozambique, conocido también como RENAMO. Para un examen de estas actividades, véanse Jane Franklin, *The Cuban Revolution and the United States: A Chronological History*, Ocean Press, Melbourne, 1992, pp. 205-208; Prexy Nesbitt, «U.S. Foreign Policy: Lessons from the Angola Conflict», *Africa Today*, 1ro. y 2do. trimestres, 1992, p. 59, y *Mozambique Support Network Newsletter*, 1 de febrero de 1990. También es notorio que la Fundación Nacional Cubano Americana ha intimidado a personas e instituciones abiertas al diálogo sobre la política estadounidense hacia Cuba. Su principal dirigente, Jorge Más Canosa, ha estado vinculado a la violencia y al terrorismo.
9. Carlos Moore, *Castro, the Blacks and Africa*, UCLA Press, Los Angeles, 1989.
10. Para críticas sobre la obra de Moore, véanse Lisa Brock y Otis Cunningham, «Race and the Cuban Revolution: A Critique of Carlos Moore's *Castro, the Blacks and Africa*», *Cuban Studies*, n. 21, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 1991, pp. 171-186; Pedro Sarduy, «An Open Letter to Carlos Moore», *Cuba Update*, Nueva York, verano de 1990, pp. 34-36, y Cheryl Harris, «House of Mirrors: Carlos Moore's Vision of Cuba, Race and Africa», *Cuba Update*, Nueva York, verano de 1990, pp. 25-26.
11. Los miembros del Comité Electoral Negro del Congreso, Charles Rangel y Kweisi Mfume, se han pronunciado con energía sobre el tema del levantamiento del embargo a Cuba y han pedido información a afro cubanos sobre la situación en su país. De hecho, Charles Rangel es uno de los patrocinadores del Proyecto de Ley 2229 para el Libre Comercio con Cuba.
12. UNICEF, *Estado mundial de la infancia*, 1989; National Urban League, *State of Black America*, 1987. Para un debate sobre las condiciones sociales en Cuba en los años 80, véase Sandor Halebsky y John M. Kirk, eds., *Cuba: Twenty-Five Years of Revolution, 1959 to 1984*, Praeger Publishers, Nueva York, 1985.
13. Dos de los más recientes estudiosos cubanos que han examinado los africanismos en la cultura cubana son Rafael L. López Valdés y Leyda Oquendo Barrios. Véase Rafael L. López Valdés, *Componentes africanos en el etnos cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, y Leyda Oquendo Barrios, *El fenómeno tribal*, Editorial Academia, La Habana, 1988.
14. Ferdinand Oyono, *Houseboy*, African Writers Series, Londres, 1966, p. 20.
15. Promover un afrocentrismo que romantice el pasado y no esté vinculado a un desafío ideológico y estructural, en realidad fomenta y nutre pautas elitistas de pensamiento. Es evidentemente necesario fortalecer los estudios no europeos y el orgullo de los afronorteamericanos; sin embargo, estos objetivos nunca podrán cumplirse si no se vinculan a luchas más amplias para salvar la educación pública y para promover el ideal de la educación multinacional en general. Del mismo modo, aunque la lógica expresa de apoyar los negocios negros no tiene en sí nada de reaccionario —los hombres de negocios negros obtendrían así capital y lo reinvertirían en la comunidad negra— y los negros necesitan perspicacia comercial, tiene oportunidades minúsculas de ofrecer soluciones a los profundos problemas estructurales de la comunidad negra. Además, dada la naturaleza racista de las instituciones financieras y de bienes raíces, las oportunidades de los negros de iniciar negocios es mínima, y los que lo hicieran con gran probabilidad estarían obligados con instituciones blancas. El resultado objetivo de dicha estrategia sería crear una pequeña capa de hombres de negocios negros —con capital limitado— que tendría un mercado cautivo en la comunidad negra. Pero como carecerían de poder político, estatal y, en última instancia, económico en la sociedad en su conjunto, no podrían, incluso si lo deseasen, cambiar las vidas de la mayoría de los negros. Muchos de los que contemplan los negocios negros como solución viable a nuestras crisis comunales señalan los días de la segregación. Aducen que en aquellos tiempos nos veíamos obligados a «hacérnoslo todo nosotros mismos» y «comprar de los negros», por lo tanto, teníamos más propiedades y más poder. Sin embargo, también éramos pobres, víctimas de la violencia blanca y carecíamos de poder en la sociedad más amplia en que vivíamos. ¿Deseamos realmente volver a ello? Objetivamente, el camino a los negocios negros podría conducir a la creación de bantustanes; se daría a los hombres de negocios negros una isleta en que operar mientras quienes carecen de poder dentro y fuera de la Isla recibirían pocos o ningún beneficio. Para un debate crítico sobre algunos de estos temas, véanse la carta de Robin Kelley al editor, *New York Times*, 9 de julio de 1991; E. Frances White, «Africa on my Mind: Gender, Counter Discourse and African-American Nationalism», *Journal of Women's History*, primavera de 1990, pp. 73-97 y Sidney Lemelle, «The Politics of Cultural Existence: Pan Africanism, Historical Materialism and Afro-Centricity», *Race and Class*, n. 35, julio-septiembre de 1993, pp. 93-112.

16. Véase Sterling Stuckey, *Going Through the Storm: The Influence of African-American Art in History*, Oxford University Press, Nueva York, 1994. Esto se hace evidente en su examen de los nacionalistas negros del siglo XIX, pero se expone de forma explícita en una nota sobre Paul Robeson y Cuba que aparece en la página 214. Véanse los capítulos sobre el panafricanismo en Bernard Magubane, *The Ties that Bind: African-American Consciousness of Africa*, Africa World Progress, Trenton, Nueva Jersey, 1987.

17. Las causas son muchas y demasiado numerosas para mencionarlas aquí. La más reciente emergió al finalizar la guerra fría, con el desplome del socialismo en Europa, que estimuló una crisis en la izquierda y el surgimiento de un mundo más unipolar. Las élites occidentales y sus instituciones financieras —como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional— tienen más poder que el que tuvieron en la memoria reciente. Los espacios libres para el florecimiento de programas progresistas, sobre todo los de base internacional, han disminuido estructural e ideológicamente. Esta disminución de las posibilidades se siente en Sudáfrica cuando negocian su futuro, en Cuba con su terrible crisis actual y en los Estados Unidos. Así, mientras el bloqueo ha logrado alejar a las masas de afronorteamericanos de la población cubana, la contraguerra, la llamada violencia del negro sobre el negro, la desinformación organizada y la lírica de la hegemonía han contribuido a confundir a muchos negros comunes y corrientes, sobre todo en los Estados Unidos, en relación con los asuntos internacionales y con Cuba.

18. Aunque Jessie Jackson, el Congressional Black Caucus y otros negros prominentes continúan considerando que su función en el gobierno es presionar en favor de los pueblos negros del mundo, existe menos movilización en torno a estos proyectos. Por ejemplo, existe poca vinculación entre los temas internacionales y temas internos como la pobreza y el delito policial.

19. Véase Kenneth Kiple, «The Case Against a Nineteenth Century Cuba-Florida Slave Trade», *Florida Historical Quarterly*, n. 29, 1971, pp. 346-55. Kiple afirma que después de 1808 no hubo vínculos entre Cuba y la Florida, pero al hacerlo examina bastante bien el período anterior a esa fecha. También podría examinarse un artículo más antiguo sobre las conexiones del comercio esclavista en Luisiana, «Foreign Slave Trade in Louisiana After 1808», *Louisiana History*, n. 1, 1960, pp. 36-43.

20. Cit. en William Z. Foster, *The Negro People in American History*, International Publishers, Nueva York, 1954, p. 101.

21. Arturo Schomburg, «My Trip to Cuba in Quest of Negro Books», *Opportunity*, febrero de 1933, p. 50.

22. *Ibidem*.

23. Por ejemplo, José Clarana, «Plácido, Poet and Martyr», *Crisis*, 1912, pp. 82-83; Napoleon Rivers, «Plácido», *Opportunity*, marzo de 1933; anónimo, «Sculpture of Teodoro Ramos Blanco: Notes on the Rhumba and Plácido», *Crisis*, 1949.

24. Sterling Stuckey ha impugnado recientemente este concepto aduciendo que David Walker, quien escribió su famoso *Llamado* unos veinte años antes de que Delany comenzara a formular sus ideas, pudiera ser considerado el primer nacionalista estadounidense negro. Véase Sterling Stuckey, *ob. cit.*, pp. 88-81.

25. Martin Delany, *The Condition, Elevation, Emigration and Destiny of the Colored People of the United States*, Arno Press, Nueva York, 1968. Cinco años después, dirigió una expedición al valle del Níger, en África occidental, con la esperanza de lograr que los afronorteamericanos se asentaran en «la tierra de sus antepasados». Sin embargo, le faltaron los recursos necesarios y en algunas ocasiones propuso que la emigración fuese a América Central o del Sur. Delany no estaba a favor de tomar dinero del gobierno, como ocurrió con Liberia, fundada por la American Colonization

Society. Nunca emigró a África, aunque pasó bastante tiempo en Canadá, pero sus ideas fueron de importancia central en los debates en torno al tríptico de la libertad: integración, emigración y revuelta.

26. Véase Victor Ullman, *Martin Delany: The Beginnings of Black Nationalism*, Beacon Press, Boston, 1971, p. 200.

27. El libro se publicó completo en 1970. Martin Delany, *Blake or the Huts of America: A Tale of the Mississippi Valley, the Southern United States and Cuba*, Beacon Press, Boston, 1970.

28. Ronald Takaki, *Violence in the Black Imagination: Essays and Documents*, G. P. Putman and Sons, Nueva York, 1972, p. 97.

29. Victor Ullman, *ob. cit.*, p. 207.

30. Véase C. Stanley Urban, «The Africanization Cuba Scare, 1853-1855», *Hispanic American Historical Review*, n. 37, febrero de 1977, pp. 29-45, y Aline Helg, «Race in Argentina and Cuba, 1880-1930», en Richard Graham, ed., *Theory, Politics and Popular Reaction: The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, University of Texas Press, Austin, 1990, p. 39.

31. Para un examen general de este problema del siglo XIX, véanse Franklin Knight, *Slave Society in Cuba During the Nineteenth Century*, University of Wisconsin Press, Madison, 1970, y Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1985.

32. Franklin Knight, *ob. cit.*, p. 44.

33. Johnetta Cole, *ob. cit.*, p. 74.

34. Phillip Foner, *A History of Cuba and its Relations with the United States*, International Publishers, Nueva York, 1962, t. 2, p. 200.

35. Johnetta Cole, *ob. cit.*, p. 74.

36. *Ibidem*.

37. Phillip Foner, *ob. cit.*, t. 2, p. 242.

38. *Ibidem*, p. 243.

39. Phillip Foner, *Antonio Maceo: The «Bronze Titan» of Cuba's Struggle for Independence*, Monthly Review Press, Nueva York, 1977, p. 36.

40. *Encyclopedia Britannica*, Scribner's Son's, Nueva York, 1878, t. XVII.

41. Véase Ada Ferrer, «Social Aspects of Cuban Nationalism: Race, Slavery and the Guerra Chiquita, 1879-1880», *Cuban Studies*, n. 21, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 1991, p. 39; Peter Turnton, *José Martí: Architect of Cuba's Freedom*, Zed Books, Londres, 1986, y Christopher Abel y Missa Torrents, *José Martí: Revolutionary Democrat*, Duke University, Raleigh, 1986, hacen referencia al énfasis de Martí en la unidad racial.

42. En *Antonio Maceo: The «Bronze Titan» of Cuba's Struggle for Independence*, Phillip Foner critica enérgicamente a la Junta Revolucionaria de la Guerra de los Diez Años por su racismo. Concluye que, junto con el elitismo, esta fue la causa del fracaso del movimiento. También impugna las afirmaciones atribuidas a Tomás Fernández en una entrevista realizada y publicada por *Cuba Update*, verano de 1991. En carta de noviembre de 1991, Foner afirma que Fernández se equivoca por completo al decir que las «barreras [raciales] se abolieron por completo» en el decenio de 1890 durante la guerra de independencia de Cuba.

43. *La Verdad*, La Habana, 4 de mayo de 1878.
44. Es probable que esto fuera sobre todo así después de la Guerra de los Diez Años, cuando Antonio Maceo debió dirigir un intento conocido como la Guerra Chiquita, que se inició en 1879. Maceo trabajaba con Calixto García, quien se encontraba en Nueva York. García, sin embargo, se plegó a las presiones racistas y no permitió a Maceo dirigir la fuerza invasora. Muchos estudiosos han examinado este asunto.
45. Véase Gerald Poyo, «The Cuban Experience in the United States, 1865-1940», *Cuban Studies*, n. 21, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 1991, p. 22.
46. Véase Susan D. Greenbaum, «Afro-Cubans in Exile: Tampa, Florida, 1886-1984», *Cuban Studies*, n. 15, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 1985, p. 78; Gary R. Mormino y George E. Pozzetta, *The Immigrant World of Ybor City. Italians and Their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985*, Universidad de Illinois, Urbana, 1987.
47. Phillip Foner, *Antonio Maceo...*, ed. cit., p. 114.
48. La carta aparece reproducida por entero en Phillip Foner, ob. cit., p. 115.
49. José Martí, *Inside the Monster. Writings on the United States and American Imperialism*, Monthly Review Press, Londres, 1975, pp. 67-70.
50. Louis A. Pérez, Jr., ob. cit., p. 25.
51. *Parson's Weekly Blade*, 2 de mayo de 1896.
52. Willard Gatewood, ob. cit.
53. *Omaha Enterprise*, 19 de mayo de 1897, cit. en Willard Gatewood, *Black Americans...*, ed. cit., p. 19.
54. Véase Edward Johnson, *History of Negro Soldiers in the Spanish American War and Other Items of Interest*, Capital Printing Co., Printers and Binders, Raleigh, Carolina del Norte, 1899, p. 25.
55. Véase Willard Gatewood, *Smoked Yankees...*, ed. cit., pp. 179-236.
56. *New York Age*, Nueva York, 23 de diciembre de 1889.
57. *Iowa State Bystander*, Des Moines, 20 de mayo de 1898.
58. *American Citizen*, Kansas City, 14 de enero de 1898.
59. Véase Willard Gatewood, *Black Americans...*, ed. cit., p. 170.
60. *Ibidem*, p. 165.
61. Willard Gatewood cita un editorial del *Diario del Ejército y la Marina* (11 de junio de 1898) donde se afirma que los negros harían muy bien en asentarse en Cuba. El editor aducía que aunque todavía eran «burdos e imperfectos», los estadounidenses negros podrían de todos modos llevar la civilización a Cuba.
62. Willard Gatewood se refiere principalmente a periodistas afrocubanos, *Black Americans...*, ed. cit., p. 171.
63. Esto se examinó con bastante extensión en las convenciones negras que antecedieron a la emancipación. Véase Howard Bell, *Minutes of the Proceedings of the National Negro Conventions 1830-1864*, Arno Press, Nueva York, 1969.
64. Véase Willard Gatewood, *Black Americans...*, ed. cit., pp. 171-172.
65. Louis A. Pérez, Jr., ob. cit., p. 77.
66. Véase Allan Nevin, *Hamilton Fish, the Inner History of the Grant Administration*, Dodd, Mead, Nueva York, 1936, cit. en Foner, *A History of Cuba*, ed. cit., t. 2, p. 202.
67. En su texto clásico, *Los condenados de la tierra*, Frantz Fanon examina los aspectos psicológicos de la violencia en la revolución argelina. *The Wretched of the Earth*, Ballantine Press, Nueva York, 1973. Takaki examina el tema en su obra *Violence in the Black Imagination...*, ed. cit.
68. *Richmond Planet*, 16 de abril de 1898. El sentimiento antimperialista de la comunidad negra aumentó cuando los Estados Unidos intervinieron en Filipinas.
69. Véase Thomas Orum, *The Politics of Color: The Racial Dimensions of Cuban Politics during the Early Republican Years* [tesis de doctorado], Universidad de Nueva York, 1975, p. 201; Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba, 1902-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 65.
70. Aline Helg, ob. cit., p. 107.
71. *Ibidem*.
72. Louis A. Pérez, Jr., «Politics, Peasants, People of Color: The 1912 "Race War" in Cuba Reconsidered», *Hispanic American Historical Review*, 1986, p. 528.
73. *Ibidem*, p. 510.
74. *Ibid.*, p. 537.
75. C. B. Goodrich a M. H. Lewis, 20 de julio de 1912, cit. en Louis A. Pérez, Jr., «Politics, Peasants, People of Color...», ob. cit., p. 537.
76. Oficial a cargo del U.S.S. *Petrel* al Secretario de la Marina, 17 de julio de 1912, cit. en Pérez, «Politics, Peasants, People of Color», ob. cit., p. 537. En «Politics of Color», Thomas Orum cita numerosos documentos del gobierno y de la Marina de los Estados Unidos para brindar esta cifra. «The Afro-American Press and U.S. Involvement in Cuba», *Mid-America: An Historical Review*, n. 72, abril-julio de 1990, p. 143.
77. Término usado en un artículo sobre el racismo de los Estados Unidos en Cuba, *Indianapolis Freeman*, 8 de enero de 1910.
78. Véase Thomas Orum, «The Politics of Color», p. 256.
79. Cit. en Elinor Des Verney Sennette, *Arthur Alfonso Schomburg. A Biography*, The New York Public Library and Wayne State University Press, Detroit, 1989, p. 109; James B. Clark, «The Cuban Revolution», *Crisis*, octubre de 1912.
80. M. A. Pérez-Medina, «The Situation of the Negro in Cuba», en Nancy Cunard, ed., *Negro Anthology, 1931-1933*, Negro Universities Press, Nueva York, p. 481.
81. Arturo Schomburg, «General Evaristo Estenoz», *Crisis*, julio de 1912.
82. James B. Clark, «The Cuban Revolution», *Crisis*, octubre de 1912.